

La vocación de la sociología académica española. Desde el tiempo de las utopías al de la contrautopía

Manuel Martín Serrano
Universidad Complutense de Madrid
eurodoxa@facultad.e.telefonica.net

La sociología académica en España es un interesante objeto de estudio sociohistórico. Porque se inició en el destiempo, y se ha consolidado en el contratiempo. Esa asincronía con los avatares de las ciencias sociales en EE UU y en Europa me parece que, en términos generales, le ha sido favorable:

Nacida a destiempo, la sociología académica ha tenido en España una influencia comparativamente mayor en el cambio social.

Institucionalizada a contratiempo, cuando de la integración epistemológica se pasa al intento de fragmentar todas las ciencias humanas y sociales, ha podido mantenerse comprometida con la razón, con la ética y con las necesidades colectivas con mayor facilidad que en otros países.

Esta sensibilidad supone un legado que, según yo creo, conviene preservar. Es la vocación intelectual que desde los orígenes de la sociología permitió atravesar anteriores etapas históricas, en las que también se quiso diluir los métodos de las ciencias sociales en la retórica, sus valores en el nihilismo, sus funciones en el tecnocontrol. Un empeño recurrente a lo largo de la historia del capitalismo, cada vez que los avances científicos y técnicos transfieren el poder a nuevos grupos. Aparece cuando esos grupos en ascenso necesitan de una versión de los cambios históricos que legitime el control político y cultural: es decir, de una contrautopía. Así ha sucedido en los comienzos de todas las revoluciones industriales, incluida la cuarta revolución que en estos momentos está en curso.

El análisis que sigue quiere mostrar dos cosas que conviene analizar conjuntamente:

—Primero, que la vocación sociológica se hace y rehace para cambiar el mundo más bien que para administrarlo. De esta forma enlaza con la utopía.

—Segundo, que esa vocación capacita para la teoría y arma de razón frente a la sinrazón. Que es como decir que produce la crítica epistemológica que desmonta

los modelos intelectuales que legitiman a los totalitarismos, firmemente enraizada en la ética.

La historia de la sociología académica en España es un caso paradigmático de esa vocación. Renació durante el franquismo y en su momento contribuyó a traer la democracia. Ahora, a esa misma vocación se le ofrece ser parte de la reconstrucción del saber sociológico que el totalitarismo de la globalización ha mistificado.

1. LA VOCACIÓN REGENERADORA DE LOS PRECURSORES

Los estudios sociológicos se implantan en España cuando el país está en el destiempo. Esa peculiaridad histórica ha contribuido a que tengan un componente de vocación. Vocación en el sentido orteguiano: *acción de abocar* la enseñanza, hacia el saber que se puede aplicar para cambiar las circunstancias¹. La idea que Ortega y Gasset tenía del saber teórico que se ocupa de dilucidar el sentido de los cambios históricos le significa como el más práctico de los conocimientos. El valor que le atribuye a la vocación universitaria la dignifica como una misión.

En este artículo es de justicia la rememoración de Ortega y Gasset, y la del resto de los intelectuales que constituyeron «la agrupación al servicio de la República». Sobre todo de José Gaos, catedrático de Filosofía y Didáctica de las Ciencias Humanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, de la que fue su rector en 1936-1939. Porque fueron los primeros que se habían propuesto incorporar los estudios sociológicos a la universidad, para contribuir a la regeneración de la sociedad española².

La vocación sociológica de los intelectuales republicanos, interrumpida por el exilio, fructificó al otro lado del mar: en la UNAM, en el Colegio de España, ahora de México, en el Fondo de Cultura Económica. La obra que estos «transterra-

¹ Se puede tener un panorama de la génesis y la evolución del pensamiento orteguiano sobre la misión del saber universitario consultando los siguientes textos, todos ellos recogidos en: *Obras completas de José Ortega y Gasset*, XII vols., Madrid, Revista de Occidente, 1946-1983; *Hacia una mejor política: un poco de sociología* [1917]; *España invertebrada. Bosquejos de algunos pensamientos históricos* [1921]; «Ciencia cultural y ciencia natural», de Enrique Rickert [1922]; *Misión de la Universidad* [1930]; *Agrupación al Servicio de la República* [1931]; *Sobre el estudiar y el estudiante (Primera lección de un curso)* [1933]; *Sobre las carreras* [1934]; *El intelectual y el otro* [1940].

² La coherencia entre la obra y el compromiso intelectual y por lo tanto político de José Gaos es ejemplar. Desde 1934 colabora como consejero y encargado de cursos en la Universidad Internacional de Verano de Santander, otro de los grandes proyectos renovadores de la República, de la que es secretario general en 1936. En 1937 actúa como Comisario General de España en la Exposición Internacional de París. Es a la sazón Presidente de la Junta de Relaciones Culturales de España en el Extranjero y Delegado oficial de España en el Congreso Descartes. Ya en México, desde 1939 y hasta su muerte en 1969, fue profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México. Participa en La Casa de España, en el Colegio de España, ahora de México.

dos» (en la autodenominación de Gaos) realizan en el país que les acogió fue la aportación más importante a las ciencias sociales durante el tiempo en el que España vivía en el oscuro silencio de la posguerra. Si nos referimos a la sociología académica en lengua castellana, vio la luz en México³.

Regresando a España: treinta años después del éxodo, a comienzo de los sesenta, otra generación que no hizo la guerra inicia la refundación de los estudios sociológicos, en la misma universidad en la que Vicente Gaos había sido profesor y rector. Esta vez el empeño ha tenido éxito, pero por razones insuperables y lamentables, la sociología que se comprometió con la República y la que lo hizo con la democracia no se encontraron en el espacio ni en el tiempo. Esa rotura hace todavía más interesante el vínculo vocacional que las une. Porque la historia les ha dado la razón a aquellos hombres de formación neokantiana, krausista o fabiana que, como ilustrados que eran, estaban convencidos de que introducir los estudios sociológicos en la universidad era parte de la re-creación de España. Por fin las ciencias sociales pudieron contribuir en su medida a que fuese posible la democracia.

2. LA VOCACIÓN DEMOCRATIZADORA DE LOS REFUNDADORES

La refundación de la sociología en la Universidad de Madrid, ahora Complutense, volvió a estar marcada por la voluntad de llevar al país a su tiempo. Que ya era el tiempo del turismo, la industrialización, la urbanización, las migraciones, el mercado y el consumo conspicuo de los medios de comunicación audiovisuales.

Las teorías sociológicas, los métodos que se introdujeron para dar cuenta de esos cambios, eran los mismos que se enseñaban allí en donde se originaron. Paradigmas revisados en los países europeos y en los EE UU, concluida la Segunda Guerra Mundial, cuando todavía se creía que la producción de ideas y su crítica eran necesarias para impedir el regreso de los totalitarismos. También en nuestra universidad el soporte de la enseñanza de las ciencias sociales y políticas lo proporcionaban principalmente los funcionalismos y los marxismos. Estos últimos, a la sazón innumerable, se denominaban teorías y metodologías «dialécticas». Y polemizaban, lo mismo que sucedía en Francia, con la sociología del conflicto que se inspiraba en Raymond Aron. Pero sobre todo se incorporaban al debate interno,

³ La obra de José Gaos está siendo recuperada por la UNAM en su colección Nueva Biblioteca Mexicana. La publicación se ha iniciado en 1991 y consta de 19 tomos, de los cuales quedan cuatro por aparecer. Ha sido dirigida por Fernando Salmerón hasta su fallecimiento en 1997, y continuada por Cristina Roa. Este trabajo enciclopédico permite entender los fundamentos éticos e intelectuales de los fundadores de la sociología académica en lengua española. Concretamente, conviene leer: «El Seminario del pensamiento de la lengua española» que José Gaos imparte entre 1942 y 1959; de 1939: *Cómo debe ser una universidad*; de 1940: *Marx y Nietzsche, los polos intelectuales de nuestro tiempo*, y *Filosofía y Didáctica de las Ciencias Humanas*; de 1944: *La filosofía de la Ilustración*; y de 1956: *La filosofía en la universidad*. Finalmente, en 1966: *Historia de nuestra idea del mundo*.

a la vez teórico y político, que desde la invasión de Hungría por las tropas del Pacto de Varsovia mantenían en varios países de Europa y en EE UU las diversas versiones del marxismo sociológico: debates entre marxistas historicistas (gramscianos), estructuralistas (althusserianos), maoístas, iluministas (francfortianos). Además de estas corrientes de pensamiento sociológico dominantes en aquella década de los años sesenta, atravesaron la frontera cada vez más derruida del nacional-catolicismo otras menos implicadas en las transformaciones sociohistóricas: por ejemplo las escuelas culturalistas, estructuralistas y sus combinaciones.

La época se distingue por la pluralidad de ofertas paradigmáticas en las aulas de esos países de referencia. Pero en todo caso la sociología académica se situaba principalmente, según el profesor Juan Díez Nicolás, «entre el funcionalismo y la dialéctica» (Madrid, Gaudiana, 1971). En nuestra universidad ese mismo enfoque, que algunos alumnos etiquetaban como «*burgués*», suponía una conquista institucional, porque era manifiestamente incompatible con el régimen de Franco. Por lo tanto contribuyó a «transformar el modelo de sociedad», como entonces eufemísticamente se decía ⁴.

La percepción de que la sociología estaba contribuyendo a que España por fin viviese en su tiempo orientó a buscar la conexión entre saberes sociológicos y estado de la sociedad; generó confianza en el recurso a las ciencias sociales para influir en el cambio pacífico; permitió contenidos plurales y universalistas.

Tales improntas vocacionales aparecen en la sociología recién refundada, antes de que las utopías vuelvan a las aulas y a la calle de tantos países, incluido el nuestro. Y se las reconoce en la Facultad que nace poco después de la Revolución de Mayo del 1968. Evitaron que la oposición al régimen franquista, de tantos profesores y alumnos, fuese canalizada hacia el sectarismo. El compromiso «con las libertades» ciertamente era político y estuvo alentado por las organizaciones políticas, clandestinas unas y semitoleradas otras, que trabajaban en la Facultad. Pero «las libertades» que se querían conquistar eran, en primer lugar, las que afectaban a la vida cotidiana. Por haberse entreverado los cambios políticos con la emancipación de las personas, tuvieron más predicamento los partidos no excluyentes y antiburocráticos ⁵.

⁴ Cualesquiera que fuesen las dificultades prácticas y los riesgos personales que profesores y estudiantes pudiesen correr en la España de la década de los años sesenta, las transformaciones socioeconómicas estaban a favor de la institucionalización de las ciencias sociales. Aunque fuese a regañadientes, las herramientas sociológicas tuvieron que utilizarse en la planificación y la medición de los planes de desarrollo.

⁵ En la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid existían organizaciones políticas que se situaban desde la extrema izquierda a la extrema derecha, tanto más minoritarias cuanto más arriscadas. El Partido Comunista destacó por su militancia y protagonismo. Pero como es sabido, había roto con el marxismo soviético a partir del comportamiento totalitario de la URSS en Hungría y Checoslovaquia. Se definía como «eurocomunista», rótulo que ponía el énfasis precisamente en el rechazo de la burocracia, la tolerancia con las creencias de las personas (por ejemplo, mantenía excelentes relaciones con organizaciones católicas), la aceptación de la voluntad de las mayorías y el respeto por las minorías.

3. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA SOCIOLOGÍA EN EL TIEMPO DE LA CONTRAUTOPÍA

La consolidación académica de la sociología requería que las nuevas promociones de sociólogos repartiesen los estudios sociológicos por las universidades del país. Esa etapa se prolonga durante el tiempo en el que se gestiona la transición política, el funcionamiento de las instituciones democráticas y la incorporación a la Comunidad Económica Europea. Nuevamente, el retraso con el que llegaba España a su tiempo les ofrecía a los «intelectuales» —ahora al servicio de la monarquía parlamentaria— la ocasión de intervenir en el cambio. De nuevo la vocación sociológica por transformar el país tuvo la oportunidad de practicarse con responsabilidades políticas directas⁶.

La institucionalización de la sociología académica se demoró hasta finales de los años ochenta. Se comprende que las circunstancias y las experiencias históricas acontecidas confirmasen el valor teórico y práctico de la sociología vocacional. Y sin embargo, para entonces, los tiempos ya eran distintos.

Como es sabido, el ciclo de expansión económica se había invertido en 1973 con la crisis del petróleo. La reconversión fue generando cambios a escala mundial de la economía, pero también de las ideas y de las formas de vida, que ahora se relacionan con la globalización. Otra representación del mundo se estaba construyendo para legitimar y acelerar esas transformaciones. Uno de sus objetivos explícitos ha sido reconvertir el valor y el uso del conocimiento y de la cultura. Lo cual requería que se lograra que la sociología académica participase en esa tarea.

Como es lógico, tal implicación con el nuevo orden suponía que se cancelasen los compromisos con cualquier otro proyecto alternativo de sociedad. Ciertamente, con las propuestas de todas las utopías socioculturales de finales de los sesenta. Pero también con las más modestas pretensiones de cambio, que alentaban las sociologías académicas vocacionales, como era el caso de la española. En última instancia, desde los inicios de la globalización se ha tratado de promover otra sociología, resignada cuando no fascinada con el estado de cosas.

Por eso digo que si la refundación de la sociología académica en España fue en el destiempo (1960-1972), su consolidación ocurrió a contratiempo (1973-1990). El periplo de la sociología académica española ha pasado desde una época en la que a las ciencias sociales se las concebía como agentes del cambio histórico a otra en la que se las quiere sacar de la historia. Es por esto por lo que afirmo que, en su corta existencia, ha transitado del tiempo de las utopías al de la contrautopía.

Con la posmodernidad vuelve el progresismo de Saint-Simon, que es la doctrina que reconfigura la visión capitalista del mundo, cada vez que ha puesto en

⁶ Un número muy significativo de profesores y de alumnos ocuparon puestos de responsabilidad en las instituciones legislativas y ejecutivas durante la transición a la democracia y en las etapas democráticas gobernadas por UCD y el PSOE.

marcha una revolución tecnológica. Así viene sucediendo desde que se publicó *El catecismo de los industriales*⁷. Una contrautopía según la cual la organización social debe de reformarse para que la nueva forma de producción, basada en las técnicas, pueda dirigir todo el funcionamiento social. Tarea reconversora que, según se escribía cuando la primera revolución industrial, debería de dejarse en manos de quienes hacen funcionar las máquinas. Ahora se le quiere reservar esa misión a las corporaciones financieras que manejan los flujos de información a escala global.

En tal diseño contrautópico se concibe que la función de los científicos sociales sea contribuir a controlar el cambio social. Su tarea profesional consistiría en sustituir los saberes que tratan de cambiar el estado de la sociedad tomando en cuenta «los principios» (que ahora, como en la época de Saint-Simon, se descalfican por «metafísicos») por otros conocimientos «positivos». La razón de ser de esa sociología positiva estaría en conseguir la adaptación de las personas al nuevo orden. Auguste Comte lo dijo muy claro: la misión del sociólogo es producir «los discursos de consolación que hagan deseable lo inevitable»⁸.

4. LA VOCACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL REGRESO DE LA UTOPIA

Tres revoluciones científico-técnicas precedentes se han encargado de poner en evidencia la falacia progresista. La innovación tecnológica, por sí sola, no ha traído más libertad ni mejorado la condición humana. Si se quiere que el saber y la creación expresen las necesidades materiales, cognitivas y sociales de los sujetos y de las comunidades habrá que seguir manteniendo la *vocación utópica* de las ciencias sociales.

En esta coyuntura la utilización de paradigmas teóricos y éticos para analizar los fenómenos sociohistóricos y para la enseñanza de las ciencias sociales vuelve a ser práctica de oposición el totalitarismo.

Nuestro país ya está en su espacio y vive en su tiempo. La sociología académica también. Ha llegado a su ser como obra de vocación, *abocada* al saber que vertebra y regenera. Una razón de ser que le abre al futuro. Podría asumir un papel importante en la reconstrucción del conocimiento sociohistórico y crítico; ya que ha acumulado experiencia en la integración de la práctica con la teoría y de

⁷ Véase C. H. de Rouvroy, conde de Saint-Simon: *Cathéchisme des industriels* (1823-1824). Traducción española de Aguilar, Buenos Aires, 1960.

⁸ Y Comte añadía: el sociólogo guía el trabajo «del publicista», «el sacerdote» de la nueva sociedad industrial, encargado de producir «la opinión», para que quienes tienen que sufrir los costos de la necesaria reorganización social, se crean «sujetos» y se conformen con el sentimiento de participación que crea la «comunicación». Puede consultarse de Auguste Comte: *Système de politique positive*, París, G. Grés, el Cnie, 1912; así como «Separation générale entre les opinions et les désir», en *Science Sociale*, París, Gallimard, 1972. Para un estudio sociohistórico de la sociología del progreso, puede consultarse el libro de M. Martín Serrano, *Comte, el padre negado*, Madrid, Akal, 1976.

ambas con la ética. Por eso la sociología académica en España puede enlazar fácilmente con ese pensamiento macrosociológico que siempre ha regresado a los textos y a las aulas. Y que ahora se reinicia, cuando el estado del mundo ya se ha encargado de desmentir la concepción de la sociedad y del conocimiento, que desde hace un cuarto de siglo ha tratado de imponer la contrautopía progresista posmoderna.